

# La Sierra del Agua

100 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2016)

"El Borosa, río de paisajes y de viejas historias"

En: "La Sierra del Agua: 100 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5923-5.  
Editorial Universidad de Granada. 169-173



## 36. El Borosa, río de paisajes y de viejas historias

Por Antonio Castillo



El río Borosa, en aguas altas, a su paso por la Cerrada de Elías (foto Antonio Castillo, 25 de marzo de 2013)

EL RÍO BOROSA, frontera natural en el siglo XIII entre las tierras del Adelantamiento de Cazorla (arzobispado de Toledo) y la Orden de Santiago (arzobispado de Santiago), hoy límite de las sierras de Cazorla y de Segura, es seguramente el río más visitado de la Sierra, junto al del río Mundo en su nacimiento. Ello se debe a varios motivos, encabezados por la belleza paisajística de su valle, acrecentada por una extraordinaria variedad

de elementos, como nacimientos, arroyos, lagunas, túneles, precipicios, cascadas, charcos, bosques, cerradas y un desfiladero muy especial.

Pero a su conocimiento y aprecio ha ayudado mucho la disponibilidad de caminos y veredas que permiten acompañar al río en toda su longitud. Casi 20 kilómetros de senderos desde Collado Bermejo hasta la desembocadura. Y a sus accesibles, bellos y variados paisajes habría que añadir un tercer elemento, el *leit motiv* de este libro, el plus de emociones que aportan las historias que ocurrieron a los hombres a la vera del agua. Así pues, en esta segunda edición de *La Sierra del Agua* hemos querido hacer un guiño más explícito al Borosa, en forma de paseo paisajístico, etnográfico e histórico.

Y así fue como el lunes 25 de marzo de 2013, con la sierra preñada de agua, lo recorrí aguas abajo en solitario para empapararme mejor de las sensaciones que me trasmitía el valle, el agua y algunas de sus historias publicadas (en cursivas). Nada más descrestar su divisoria por Fuente Bermejo, querencia de víboras, fui a buscar el viejo pino ocupado por la alicántara voladora que le saltó a la cabeza a un navero en 1964 (*Víboras y fuentes...*). Algo más adelante, frente a la emblemática fuente de la Reina, imaginé el retumbar de cascos de caballos, cuando una tarde de 1489 se dejó caer a beber de estas escondidas aguas la mismísima reina Isabel «la Católica» acompañada de sus huestes, cuando acudían a socorrer a su esposo Fernando «el Católico» en la Contienda de Baza (*La leyenda de las fuentes de la reina Isabel...*).

Apenas dos kilómetros aguas abajo, di vistas al carrizal de la cola de la laguna de Valdeazores, uno de los parajes más apreciados por los visitantes de estas sierras. Pero lo que mucha gente quizás no sepa, es que tanta belleza fue hija de atrocidades humanas. De talas abusivas primero e incendios después para camuflar los desmanes, que provocaron un deslizamiento que taponó a principios del siglo XX el arroyo de Valdeazores (*Origen e historia de la emblemática laguna de Valdeazores*). Casi a continuación fui a dar con otras aguas embalsadas, las del pantanillo de Aguas Negras, construido por los años 60 del siglo pasado para alimentar un salto hidroeléctrico. Desde la presa me desvié a rendir (obligada) visita al

nacimiento de Aguas Negras, un auténtico volcán de agua que mana de un agujero de piedra. Lugar mágico que algunos invocan cómo el nacimiento del Guadalquivir en estas sierras (*El Nacimiento del Guadalquivir en la Cañada de las Fuentes*).

El sendero continúa ahora por el canal del salto hidroeléctrico, que al poco se interna en las entrañas de una pared rocosa, gracias a lo cual es posible franquear el precipicio de los Órganos, entre Poyo Cerezo y el Picón del Haza. Y ya en la base de la alta pared, admiro desde un pulpillo de travertinos la imponente cascada del Salto de los Órganos, como debieron hacer desde el mismo sitio nuestros antepasados a lo largo de milenios. Salto majestuoso que fue testigo del ingenio de los hombres, entre ellos del Tío Julián, que ideó un tobogán para descolgar los troncos de los pinos río abajo, cuando todas estas sierras eran Provincia Marítima (*Julián «el Gazpacho» y el tiro del Salto de los Órganos*).

Es mediodía, y ante mis ojos se despeña un fabuloso caudal con ensordecedora furia, creando una densa neblina, irisada por tímidos rayos de sol. Con tanta agitación, las pérdidas del gas carbónico del agua dieron lugar a precipitados de carbonato cálcico que edificaron las trancadas de travertinos que se suceden río abajo. Calaveras de piedra y fantasmagóricas oquedades (escondite, dicen, de un tesoro dejado por los moros), que a lo largo de los tiempos han sobrecogido a almas inocentes y solitarias que pasaban por allí cuando, entre dos luces, emitían extraños silbidos y exhalaban vapores (*El valle del agua y las calaveras de piedra*).

Y es al pie del gran voladero, por donde ahora caen las tuberías del salto hidroeléctrico y unas imponentes «colas de caballo» del desbordamiento del canal, cuando los tajos parecen gritarme que me detenga. Junto a varias covachas y retorcidas higueras, unas paredes ennegrecidas por el fuego quieren hablarme de antiguos pobladores que vivieron en esos extraplomos, junto a humildes paratas y huelgas pegadas al río. Restos de una ocupación de supervivencia, a días de socorro cuando la Sierra, sin apenas accesos, quedaba enterrada meses enteros en nieve.

Desde ese punto, el río continúa veloz, arisco y salvaje, empeñado en cizallar la roca y entallarse en varias cerradas, como las de Puente Toba,

Puente Piedra y la más famosa de la Cerrada de Elías. Un paso abierto entre la piedra caliza, al que acompañan pasarelas antaño transitadas por pescadores y hoy por miles de visitantes, que llegan, incluso, a colapsar el sendero. Curiosamente, hoy no veo a nadie, ni he observado huella alguna en una virgen vereda, tras las abundantes precipitaciones de anoche.

De ahí hacia abajo, un frondoso y húmedo bosque abraza al lecho, cuyo fondo aparece ahora claramente tapizado por pátinas rubias de carbonato cálcico, razón del topónimo de «Río Blanco» que le dieron los árabes. El Borosa empieza a atemperarse (es un decir) en pozas y tablazos, que es necesario atravesar por pasarelas colgantes y varios puentes del carril de acceso a la central hidroeléctrica (restringido al paso de vehículos). Un recorrido donde los estratos se retuercen en apretados pliegues, o se desnudan dentro del río como las hojas de un libro. El camino se ha hecho más afable y me cruzo con las primeras personas. ¡Benditos lunes para los solitarios!

Desde algunos recodos busco sugerentes encuadres para fotografiar y llevarme a casa tanta belleza. Aguas verde cristal, malezas impenetrables, pinos esbeltos, estratos calizos y roquedos bermejos que atraparon, igual que ahora me ocurre a mí, el corazón de poetas y pintores, que quisieron fosilizar, en su caso con plumas y pinceles, esa extraña atmósfera de colores, luces y reflejos (*Alfonso Parras: la paleta de la Sierra*).

Más abajo, siempre agrada reencontrarse con la confluencia del modesto arroyo de las Agraceas (o de las Truchas), que vierte su tributo de aguas por encima de la cuna de un coqueto sinclinal. Aguas que vienen filtradas desde las malezas de Guadahornillos y de Roblehondo, santuarios forestales míticos, relictos del monte mediterráneo más húmedo, umbrío y espeso del sur peninsular. Refugio que fuera de los últimos osos, lobos, corzos y venados de estas sierras, cuando por aquí campeaba el rey de Castilla Alfonso XI (*La Sierra del Agua, tierra de osos*). Desde el arroyo de las Agraceas siento venir una brisa que me trae esencias de esas húmedas malezas, en las que empiezan a caer las sombras de la tarde. Entonces, allá a lo lejos me parece oír trompetas y caracolas de los moneros reales llamando a las jaurías que se fueron detrás de una fiera.



Más sosegado, el río corre ya decididamente al abrazo con el gran Guadalquivir, permitiéndose algunos requiebros, en los que tienen asiento hondos charcos o chilancos, deleite de antiguos pescadores, entre ellos «el Nutrio», seguramente el más fino de todos, antes de «entregar las cañas» y reconvertirse en guarda forestal (*Marcelo Parra Punzano, «El Nutrio», una vida aguas arriba*).

Aguas del Borosa que sienten el cálido aliento del Guadalquivir, desde cuyas aguas remontaban antiguamente a desovar cardúmenes de barbos, bogas y truchas. Daba igual, peces, que quedaban retenidos en hondos charcos, al pie de saltos, como el más famoso de la Cuna. Cansado del largo camino, me siento a esperar en un espolón rocoso entre dos pozas a que caiga la noche. Y a quién creo oír ahora es a la chiquillería que bajaba hace 50 años con estas mismas luces desde la aldea de los Villares a coger peces para la cena (*Ricardo, «el Tío de la Pipa», sus caminos y sus aguas*). Y antes de diluirse en el Guadalquivir, donde me espera el coche, veo las destartadas piscinas de la antigua piscifactoría del Borosa, de 1963, la primera de estas sierras, hoy cerrada (*Planes piscícolas*). De allí salían las truchas con que se repoblaban los ríos serranos, cuando la pesca de la trucha al lance ligero en el Borosa, el Aguamula, el Guadalquivir, el Segura, y tantos otros de estas montañas, congregaba a entusiastas y aficionados de toda España.

Como se ha visto, 20 kilómetros de paisajes, sí, lo más evidente, pero también de viejas historias a cada recodo, algunas recogidas en este libro, pero la inmensa mayoría perdidas para siempre, arrastradas por las aguas de este bravo río.

*El Borosa es el río más bello del mundo...Y me acerqué a este río blanco,  
verde, negro, ámbar, gris, mezclados sus colores en gradiente infinito de tal  
modo que no tiene color, es color, belleza.  
Y como todo lo bello, hace daño, duele*

SEBASTIÁN ROBLES, *Cazorla, la Sierra: una mirada*, 1990

